

Espiritualidad, víctimas y martirio

José María Tojeira, s.j.

Aunque sigue habiendo mártires en el mundo, la despreocupación por ellos aumenta si no nos detenemos a reflexionar sobre su significado. Si hace veinte y treinta años los mártires fueron frecuentes en nuestras tierras centroamericanas, hoy las circunstancias han cambiado y el recuerdo de muchos de ellos se va desvaneciendo. Nos impactan las víctimas, pero fácilmente las sustituimos por nuevas víctimas con nuevas desgracias, de las que los periódicos reproducen con tanta frecuencia y que se dan en tantas partes del mundo. Colocamos a los mártires en ese inmenso mar de víctimas, y ciertamente lo son. Pero las víctimas son muchas. Son tantas que dejan en nosotros la sensación de un problema que no podemos resolver. Y que lo mejor que podemos hacer es preocuparnos porque no nos toque a nosotros. En vez de comprometernos, como la fe cristiana pide y exige, en la compasión y la solución solidaria de los problemas, las víctimas tocan nuestro afán de seguridad y con frecuencia nos impulsan a encontrar privadamente nuestras islas de bienestar seguro en medio de unas sociedades concretas, las nuestras de Centroamérica, que continuamente nos muestran los riesgos y la vulnerabilidad de la existencia cotidiana, los continuos atentados contra la vida y el dolor sistemático que la muerte y la impunidad producen.

1.- Víctimas y martirio

Este contexto nos llama a la reflexión. Y si algo de profunda raigambre cristiana tenemos en nuestra fe vinculado a las víctimas es precisamente el martirio. En el s. II el obispo de Cartago, S. Cipriano, decía que “nadie piense que es difícil llegar a ser mártir cuando vea que el número de los mártires no pue-

de contabilizarse”¹. Esto mismo podía decirse durante los años aciagos que antecedieron a la guerra civil y a lo largo de la misma. Poco antes de morir martirialmente asesinado Mons. Romero repetía, con otras palabras, pero con enorme fuerza, lo mismo que decía Cipriano de Cartago: “En menos de tres años más de cincuenta sacerdotes han sido atacados, amenazados y calumniados. Seis de ellos son mártires, muriendo asesinados; varios han sido torturados y otros expulsados. También las religiosas han sido objeto de persecución. La emisora del Arzobispado, instituciones educativas católicas y de inspiración cristiana han sido constantemente atacadas, amenazadas, intimidadas con bombas. Varios conventos parroquiales han sido cateados. Si esto se ha hecho con los representantes más visibles de la Iglesia comprenderán ustedes lo que ha ocurrido al pueblo sencillo cristiano, a los campesinos, sus catequistas delegados de la palabra, a las comunidades eclesiales de base. Ahí los amenazados, capturados, torturados y asesinados se cuentan por centenares y miles. Como siempre también en la persecución ha sido el pueblo pobre cristiano el más perseguido”².

Aquellos tiempos han pasado. La muerte sigue enseñoreándose de nuestras calles como una auténtica epidemia³. Las causas actuales de la violencia son las mismas que en el pasado. Pero mientras en los años setenta y ochenta la incidencia de la protesta y luchas políticas empeñaban a los gobiernos de derecha en verdaderas políticas de exterminio de opositores (o supuestos opositores), ahora la violencia se ha vuelto más ciega,

¹ Patrología Latina 4, pg 673

² Discurso de aceptación del Doctorado honoris causa, Lovaina, 1980

³ La Organización Mundial de la Salud establece que una situación en la que se den más de 10 homicidios por cada 100.000 habitantes debe ser tratada por los Gobiernos como se trata una auténtica epidemia. El promedio latinoamericano supera los 20/100.000. En Centroamérica sólo Costa Rica puede considerarse libre de esa “epidemia social”. El Salvador, Honduras y Guatemala oscilan en torno a la trágica cantidad de 50/100.000.

mezclada con el fenómeno de la rebeldía primitiva⁴ ante una injusticia que no cesa. A ello se une el crimen organizado, más fuerte que nunca, y la vieja cultura de la ley del más fuerte, de tanta incidencia en el hogar y en la vida cotidiana y tan presente en Estados con insuficiente o débil estructuración legal e institucional. En el contexto actual podríamos decir en parangón con Cipriano de Cartago, que nadie puede pensar que sea difícil convertirse en víctima de la violencia. Pero ser víctima es, para nuestra sensibilidad, muy diferente a ser mártir. Nadie quiere ser víctima y todos tenemos el derecho de no serlo. Por eso, en medio de la confusión que crea la proliferación de los homicidios, es relativamente normal que el tema del martirio pase a segundo término, si no se acierta a relacionarlo con la problemática actual.

Los mártires además, en el sentido técnico eclesial, son escasos en la actualidad. El martirio, nos dice la Iglesia, es una gracia (un don) que, en cuanto tal, se puede desear⁵. Pero la misma Iglesia reconoce que hoy en día es un don concedido a pocos. Sin embargo entre víctimas y martirio hay una semejanza inobjetable. En ambos casos la muerte es injusta y en ambas situaciones la fuerza bruta intenta salirse con la suya aplastando al más débil. En los dos contextos se violan principios básicos de humanidad. Hay muchas más semejanzas entre Jesucristo crucificado y el joven que muere abatido por la criminalidad en nuestras calles, que entre el mismo Señor y quienes viven o vivimos en islas seguras, por muy piadosos que seamos, en medio del mar de violencia que aqueja a nuestras sociedades. Expuestos al pecado del mundo en la expresión más grave del pecado, que es el asesinato del

4 Retomamos el término rebeldía primitiva de Eric Hobsbawm, con frecuencia aplicado por él a los bandoleros sociales de los siglos XVIII y XIX en América Latina. El fenómeno de las maras en sociedades con índices profundos de exclusión, tanto económicos como sociales y políticos, puede iluminarse partiendo de este concepto social, aunque la realidad actual sea tan diferente de la que vivieron los mencionados bandoleros.

5 "El martirio, en el que el discípulo se asemeja al maestro, que aceptó libremente la muerte por la salvación del mundo, y se conforma a Él en la efusión de su sangre, es estimado por la Iglesia como un don eximio y la suprema prueba de amor. Y si es don concedido a pocos, sin embargo, todos deben estar prestos a confesar a Cristo delante de los hombres y a seguirle, por el camino de la cruz, en medio de las persecuciones que nunca faltan a su Iglesia". Vat. II, Lumen Gentium 42

hermano, las víctimas nos remiten siempre a Jesús de Nazaret, Víctima por excelencia (sacerdote, víctima y altar, le llama la liturgia) y al mismo tiempo Testigo (mártir) fiel (Apoc 1, 5).

2.-Espiritualidad martirial

En ese contexto podemos reflexionar hoy sobre cómo una espiritualidad que tenga en cuenta el martirio nos puede ayudar a enfrentar una situación en la que los miedos pueden convertir al cristianismo en un fenómeno privado o, en el peor de los casos, marginal. El miedo ha sido siempre uno de los mecanismos de control de “los poderes de este mundo” a los que se refiere constantemente el Evangelio de Juan. Y siguen siendo hoy los miedos los que pueden llevar al cristianismo a huir del mundo, a refugiarse en colonias aisladas donde se puede uno desahogar ante la falta de fraternidad que nos domina, y simultáneamente vivir la solidaridad sin pretender extenderla más que a la propia comunidad. Allí las pequeñas luces del amor se ocultarían bajo una tinaja por miedo a un mundo en el que abundan las tinieblas. Muchos de estos grupos cristianos corren el riesgo de merecerse las famosas palabras del joven Marx cuando decía: “La religión es el signo de la criatura oprimida por la desdicha, el sentimiento de un mundo sin corazón y el alma de circunstancias desalmadas. Es el opio del pueblo”⁶.

El martirio, sin embargo, es todo lo contrario del opio. Es enfrentar con el arma de la conciencia a ese mundo sin corazón que produce situaciones desalmadas. Tanto los casos iniciales de la historia cristiana, cuando el Imperio reclamaba para el poder imperial el dominio absoluto de la historia, como los actuales que hemos rememorado con Romero, nos muestran a hombres y mujeres dispuestos a incidir en la vida social reclamando para Jesús el título de Señor de la historia. Decididos a incidir en la historia desde de la propia debilidad de los pacíficos y desde los valores de las Bienaventuranzas y la justicia del Reino en favor de los pobres y los débiles.

Si algo descubrimos en los/las mártires es que son personas profundamente libres. Si el miedo es el mejor mecanismo de los opresores para silenciar a las personas, convirtiendo el terror en un auténtico freno a la libertad, los mártires son los que tratan de

⁶ “Introducción a la crítica de la filosofía hegeliana del derecho”, 1843

superar el miedo enfrentando a los autores del mismo. El dominico Christian Duquoc en su libro clásico de cristología⁷ llegaba a la conclusión de que el rasgo principal de la personalidad del Jesús histórico era su profunda libertad. San Pablo añadiéndole contenido teológico a la libertad liberadora de Jesús afirmaba que “para ser libres nos ha liberado Cristo” (Gál 5, 1). Desde los inicios del cristianismo el libro de los Hechos de los Apóstoles ve como característica apostólica la “parresía” (Hechos 4, 29 y 31)⁸, indeclinable libertad valiente de anuncio o de palabra. Esa misma valerosa libertad para anunciar al Señor caracteriza toda la vida de Pablo, narrada en el mismo libro. E idéntico término recogen los primeros textos de los sucesores de los apóstoles al hablar de las primeras persecuciones. En este mundo en el que abunda el miedo frente a la amenaza de muerte y persecución, el mártir nos invita a la palabra valiente, vencedora del miedo, que anuncia y denuncia, que enfrenta al mal y ofrece caminos de liberación personal y social.

Otra de las palabras fuertemente unida a la experiencia martirial, tomada también del nuevo testamento y aplicada a las que llamaríamos inicialmente las virtudes del mártir es “ypomone”. Traducida con frecuencia como paciencia, tendríamos hoy que reformularla como resistencia, para ser fieles a su sentido no pasivo sino activo. Mencionada por Pablo con frecuencia en las diferentes listas de cualidades apostólicas que establece en sus cartas⁹, la “ypomone”-resistencia se vuelve indispensable ante las “persecuciones, necesidades, angustias, azotes, cárcel, motines, fatigas, noches sin dormir y días sin comer” (2 Cor 6, 4-5).

Resistencia y libertad se nos muestran hoy también como indispensables para enfrentar un mundo donde la violencia ciega ignora o incluso rebaja cualquier sacrificio. Enfrentar la suerte de las víctimas, luchar para que no haya más víctimas es una tarea permanente del cristiano, urgido por la caridad-amor al prójimo. La estructura violenta de nuestras sociedades, fuertemente des-

⁷ “Jesús hombre libre”, Salamanca 1999

⁸ Juan Pablo II en la Exhortación apostólica Pastores Gregis, n 66, pide especialmente a los obispos que mantengan esta parresía frente a una situación que cataloga de guerra de los “poderosos contra los débiles”.

⁹ Algunos ejemplos de estas pequeñas listas los podemos encontrar en 2Cor 12, 12; 1Tim 6, 11; 2Tim 3, 10

iguales y excluyentes, tiende, junto con la violencia brutal generada en buena parte por la exclusión y la pobreza, a silenciar la protesta estructural y a individualizar los esfuerzos de salida hacia una supuesta seguridad personal o familiar. G. Vattimo decía que “la única definición filosófica posible de la violencia es que ésta acalla toda nueva pregunta”¹⁰. Y tanto la violencia estructural como la reactiva de la rebeldía primitiva hacen eso. Frente al silencio impuesto, reabrir las preguntas por la verdad, la justicia, la construcción de un futuro mejor, más humano y más fraterno, y comprometerse con la transformación de nuestras sociedades, en tantos aspectos fracasadas, es tarea del seguidor de Jesús. Y el recuerdo del mártir es una ayuda de primer nivel, por su fortaleza, resistencia y libertad a la hora de enfrentar los problemas de su época.

En el contexto de nuestras sociedades crucificadas los mártires nos animan a asumir con esperanza la tarea de enfrentar críticamente discursos y estructuras sociales que justifican las miserias actuales. Favorecen, además, el anuncio de nuevas posibilidades humanas abiertas a todos. Desde su propia debilidad los mártires no quedaron en el basurero de la historia, sino que con mucha frecuencia terminaron por develar los pies de barro de los verdugos. Y mientras éstos últimos rodaban hacia rincones de la historia oliendo a olvido, los mártires comenzaban, como Jesús, a alzarse como los testigos de una nueva humanidad, últimos convirtiéndose en primeros. Muchos de los mártires llegaron a derramar su sangre, convertidos por el valor de cristianos a los que vieron arriesgar su vida e incluso darla. San Justino, defensor (“Apologeta”) del cristianismo en el siglo II, ubica su conversión en el testimonio de los mártires: “Al ver cómo iban intrépidamente a la muerte”¹¹. Aunque no podamos decir lo mismo de las víctimas de hoy, sorprendidas las más de las veces por la brutalidad de una sociedad violenta, el hecho de que reflejan el rostro doloroso del Señor tiene que remover nuestra conciencia cristiana y llevarnos al testimonio solidario y a la lucha pacifista contra la misma violencia. Permanecer al lado de las víctimas, aun arriesgando posibilidades propias, no sólo es la única esperanza de salvación intrahistórica del mundo en que vivimos, sino también el único camino de autorrealización cristiana.

¹⁰ “Creer que se cree”, pg 77

¹¹ Apología II, 12, 1

3.- Víctimas y mártires, fortalezas convergentes

Contemplar a los mártires, que asumen voluntariamente la calidad de víctimas, nos ayuda a descubrir las potencialidades, fuerzas posibles, que las víctimas pueden generar en nosotros: Indignación con capacidad de perdonar, hambre y sed de justicia entremezclada con misericordia, llanto y dolor unido a la admiración e incluso a la celebración, contemplación del absurdo y compromiso con el nunca más, memoria dolorida y restauración de la dignidad de las víctimas. Potencialidades que nos ayudan a reinterpretar la historia y a reescribirla desde el dolor y la esperanza de los más pobres. Eusebio de Cesarea, el primer historiador de la Iglesia, a principios del siglo IV, confrontaba ya dos modos de escribir la historia: "Otros, -nos dice- al hacer las narraciones históricas, acaso no hayan transmitido por escrito más que victorias de guerras, trofeos contra enemigos, hazañas de generales y valentías de soldados manchados de sangre y de muertes innumerables por causa de los hijos, de la patria y demás bienes. Nuestra obra en cambio, que describe el género de vida según Dios, grabará en estelas eternas las más pacíficas luchas por la misma paz del alma y el nombre de los que en ellas se comportaron varonilmente; más por la verdad que por la tierra patria, y más por la religión que por los seres queridos; y se proclamará públicamente, para eterna memoria, la resistencia de los atletas de la fe, su bravura, curtida en mil sufrimientos, los trofeos logrados contra los demonios, las victorias contra los adversarios invisibles y, después de todo, sus coronas"¹². Las víctimas se insertan, sin lugar a duda, en la misma historia que los resistentes atletas de la fe. Esa historia marcada por la cruz, pero también por una resurrección que es, así mismo, fuerza intrahistórica.

Las víctimas de hoy se multiplican en el día a día. Son trabajadores mal pagados, mujeres explotadas, niños y niñas mal nutridos, campesinos sin pensión de vejez, desempleados, hacinados de villas miseria suburbana, víctimas en definitiva de la injusticia social. Las personas robadas y en ocasiones asesinadas en autobuses, sometidas a extorsión en medio de su relativa pobreza, obligadas a pagar renta en su pequeño negocio, corrompidos por la droga desde jóvenes y a veces víctimas de la misma, amenazados por la inseguridad permanente, asaltados al volver de la

¹² Historia Eclesiástica, libro V, Prólogo

escuela o del trabajo, abandonados en la vejez o degradados por un alcoholismo al que los indujo una autoestima duramente golpeada desde la niñez, están presentes a diario en los periódicos y con frecuencia tocan nuestras vidas. “Son muchas y por eso es imposible olvidarlas” podemos decir parafraseando una conocida poesía de un autor hondureño¹³. Pero no sólo los tenemos presentes cuando escuchamos que a un amigo, o a un pariente le ha pasado esto o aquello, o cuando nos informamos en los medios masivos de comunicación de los índices de pobreza. Sino que empezamos a comprender, desde una espiritualidad que tenga en cuenta a los mártires, que muchas de esas víctimas que aparecen día tras día ensangrentando nuestra realidad, son realmente las que construyen nuestra historia. Aunque nos parezcan fracasados, representan a la gran parte buena de la humanidad que busca, trabaja, se arriesga, sufre y anhela un mundo más justo en medio de sociedades en muchos aspectos fracasadas. Nos dicen que en la historia actual sigue habiendo personas que desde su dolor, o incluso desde su fracaso al persistir en sus obligaciones sin huir de las mismas, nos marcan el camino de la resistencia y de la esperanza. Si la Iglesia “reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador”¹⁴, es evidente que tiene que reconocer en ellos algún tipo de fuerza salvífica, no puesta fuera de la historia, sino dentro de la misma. Pues si la oferta salvífica de los que sufren estuviera totalmente fuera de la historia, no podrían representar, de algún modo, al Señor crucificado y resucitado, Señor de cielos y tierra, y por tanto Señor también de salvación intrahistórica, aunque ésta tenga que pasar por la purificación de la cruz.

El conocido “Poema de amor” de Roque Dalton¹⁵ no es más que el reconocimiento de una historia que no ha sido construida desde arriba, sino desde un abajo muchas veces manchado no solo por la injusticia ajena sino por la propia. Quienes se benefician de la historia de todos, y especialmente de esa gran mayoría de gente buena que permanece trabajando y esperando mientras el dolor aprieta, suelen presentarse como los héroes de la historia.

¹³ Roberto Sosa “Los pobres son muchos y por eso es imposible olvidarlos” Los pobres, Madrid 1968

¹⁴ Vat II, Lumen gentium 8

¹⁵ Además de en “Las historias prohibidas del pulgarcito” (UCA editores) esta poesía puede encontrarse fácilmente en internet y es una especie de segundo himno para muchos salvadoreños

Pero no son nada. Desde lo que podemos llamar la conservación y el desarrollo de la especie humana, pesan mucho menos en la historia de la humanidad que quienes tienen la capacidad de resistir las dificultades de una vida dura y vulnerable amando y transmitiendo amor.

Si desde una óptica puramente humanista, como es la de Roque Dalton, se acaba viendo en los fracasados de la historia fuente de hermandad y de esperanza, con mucha más razón podemos ver protagonismo histórico en las víctimas desde la fe en el crucificado. La fuerza de los mártires se expande como fuerza arrolladora, transformando personas y comprometiéndolas hasta dar la vida por la fe y por el prójimo. La fuerza de las víctimas también puede brotar con fuerza, si las vemos destruidas por el mismo odio a lo humano que asesinó a Jesús y a sus seguidores. Desde el suelo ensangrentado las víctimas nos refieren a Jesús y nos invitan a vencer el odio desde el amor, la libertad y la resistencia al mal.

Así como la Iglesia se ha deseado y llamado a sí misma sacramento del mundo¹⁶, en otras palabras, comunidad llamada a expresarse, desde su referencia trascendente y desde su fraternidad inmanente, como signo eficaz del futuro al que el mundo está llamado en la historia de la salvación, así los mártires nos descubren el protagonismo de las víctimas en la lucha y el esfuerzo por humanizar y transformar el mundo en que vivimos. Porque las víctimas presentan su sacrificio, en tantos aspectos semejantes al de los mártires, con la misma fuerza solidaria con la que claman ante Dios “los degollados a causa de la Palabra de Dios”: “¿Hasta cuándo dueño santo y veraz, vas a estar sin hacer justicia y sin tomar venganza por nuestra sangre?” (Apoc 6, 10). Y nos ayudan a escuchar la respuesta del anciano que le dice al vidente que sobre éstos mismos degollados “extenderá Dios su tienda sobre ellos” de tal manera que “ya no tendrán hambre ni sed; ya no les molestará el sol ni bochorno alguno” (Apoc 7, 15-16). Hambre y sed que hay que comenzar ya a desterrar del mundo en que vivimos, y sequía o inundación que hay que prevenir en defensa de los débi-

¹⁶ “La Iglesia es sacramento universal de salvación, que manifiesta y al mismo tiempo realiza el misterio del amor de Dios al hombre” Vat. II, *Gaudium et spes* 45. Evidentemente si es sacramento universal, es también sacramento-signo de lo que el mundo debe ser en plan de salvación de Dios.

les, anticipando el amor misericordioso de Dios a nuestra realidad terrena.

Una espiritualidad que tenga en cuenta a los mártires como personas que actualizan la muerte salvadora de Jesús nos ayuda a comprometernos con la realidad asumiendo las miserias y contradicciones de la historia y luchando contra las mismas. Nos ayuda también a comprender la fuerza generadora de compromiso de las víctimas, tan unidas en el dolor a Cristo y a los propios mártires. Con frecuencia tenemos la tentación de querer racionalizar nuestros sacrificios y acomodarlos a nuestra propia conveniencia. Santa Teresa de Jesús, Doctora de la Iglesia, se lo advertía incluso a las monjas de su convento: "La que no quisiera llevar cruz, sino la que le dieran muy puesta en razón, no sé yo para qué está en el monasterio"¹⁷. Los mártires nos ayudan a enfrentar la sin razón del pecado social con una generosidad radical y nos mantienen en la convicción de que nuestra resistencia a la injusticia e insistencia en la transformación de la realidad están unidas a una historia verdadera y triunfadora plenamente al final de los tiempos. Pero que con la fuerza de la semilla fructifica dentro de nuestra historia humana y la hace avanzar hacia la justicia y el bien.

Los mártires nos dan libertad ante los miedos de sociedades violentas e injustas, que castigan a quien desde la verdad propone cambios y transformaciones. Son, decía San Juan Crisóstomo, los mejores testigos de la resurrección del Señor¹⁸. Nos ofrecen un ejemplo de libertad que rompe los esquemas de una sociedad que mantiene el dolor de los pobres, desde la fuerza y la corrupción, en el silencio y la impunidad. Y desde la libertad de unos pocos contagian esperanza en la construcción de una sociedad más fraterna, superando las miserias de la realidad presente. Abren la mente a un verdadero discernimiento impidiendo y superando "la crisis más peligrosa que puede afectar al hombre: La confusión del bien y del mal que hace imposible construir y conservar el orden

¹⁷ Camino de perfección, cap. 13, n 1

¹⁸ "La prueba más fuerte de la resurrección de Cristo es que, habiendo sufrido muerte violenta muestra tanto poder después de ella que persuade a los hombres vivos a que desprecien, por confesarle a Él, la patria, la familia, los amigos, los parientes y la misma vida, y a preferir a los placeres presentes los azotes, los peligros y la misma muerte" (Panegírico en honor de San Ignacio de Antioquía)

moral de los individuos y de las comunidades”¹⁹. El recuerdo de los mártires aumenta la capacidad de resistencia y aumenta la fortaleza de las mayorías para oponerse al mal. Santo Tomás de Aquino afirmaba que el martirio era un acto derivado de la virtud de la fortaleza. Dios da la fortaleza para permanecer “firmemente en la verdad y en la justicia contra el ímpetu del perseguidor”²⁰. La figura de Monseñor Romero no sólo nos confirma en que fortaleza y martirio están íntimamente unidos, sino que añade la experiencia de cómo la fortaleza del mártir aumenta el coraje y la fuerza de quien permanece luchando contra la injusticia y el pecado.

4.- Mártires políticos

Los mártires, en definitiva, nos arraigan en el amor. Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por el propio Jesús y por los seres humanos que nos rodean (Jn 15, 13; 1Jn 3, 16). Y el amor lleva siempre a la entrega, al servicio, a la cercanía con el pobre y con el oprimido por cualquier tipo de mal. Lleva también al compromiso con la propia realidad, personal y social, en la medida en que está marcada tanto por el anuncio esperanzador del Reino como por el pecado, tan profundamente arraigado en estructuras, conciencias y actitudes. La realidad actual de injusticia y exclusión no podrá superarse si no hay, de parte de los cristianos, un verdadero derroche de generosidad centrado en el acompañamiento de los anhelos, luchas y deseos de los más pobres. No hay amor que no tenga de alguna manera repercusión en la construcción de la “polis”, de esa ciudad que queremos que se parezca cada vez más a la ciudad celeste, donde la justicia y la paz se besan (Salmo 71).

Los mártires modernos en muchos de nuestros países son mártires auténticamente políticos²¹, en el sentido amplio y no partidario del término. Y nos invitan precisamente para que unidos a las víctimas de nuestros países pobres, construyamos una nueva

¹⁹ Veritatis Splendor, n 93

²⁰ Summa Theologica, II-II, q 124, art 1

²¹ Es interesante recordar la observación de J. Moltman cuando decía que “las iglesias que olvidan a sus mártires políticos están en peligro de acomodarse a la religión política de la sociedad en la que viven” (La Iglesia fuerza del Espíritu, pg 118). Religión política entendida como la que el poder considera adecuada para mantener sus propios privilegios.

sociedad donde el amor y la fraternidad curen tanta herida acumulada por el odio y la injusticia. Incorporar la vida y recuerdo de los mártires, especialmente de tantos y tantas que dieron la vida generosamente en tiempos recientes para salvar vidas y futuros ajenos es indispensable para una espiritualidad que quiera enfrentar los retos que la realidad centroamericana y latinoamericana presenta a nuestra fe en la buena nueva y en el Señor que la anuncia y le da la fuerza de la semilla del Reino.

Las víctimas nos invitan a construir un mundo nuevo, donde la muerte no tenga más fuerza que la vida, y los mártires nos garantizan que desde la cruz es posible avanzar hacia ese mundo. Las grandes causas de la humanidad han pasado a través de los sacrificios de personas como Gandhi, Martin Luther King, Dietrich Bonhoefer, Mons. Romero, Ellacuría y sus compañeros, Mons. Gerardi, etc. A todos ellos les alimentó el dolor de las víctimas. Y a los cristianos especialmente les dio fuerza para defenderlas la convicción de que estaban unidas a la cruz del Señor. Todos ellos supieron unir sus convicciones religiosas a la esperanza y el esfuerzo de construir sociedades más justas. Tanta víctima en nuestros países centroamericanos debe también despertar nuestra conciencia y nuestra fuerza. La luz de los mártires nos iluminará en el camino hacia nuevos amaneceres.